

ESCRIBIR, DIBUJAR Y PENSAR

Diana Inés Pérez

Diana Inés Pérez

Universidad de Buenos Aires

Instituto de Investigaciones Filosóficas (CONICET-SADAF)

Escribir, dibujar y pensar*

DOI: 10.36446/be.2025.70.409

Resumen

Este trabajo examina y profundiza en las tesis expuestas por Alva Noë en su reciente libro *The Entanglement. How Art and Philosophy Make Us What We Are*, en el cual se propone una novedosa concepción sobre el lugar del arte y la filosofía en el entramado de las prácticas humanas. El análisis se centra particularmente en el ejemplo de la escritura y su relación con el habla. En primer lugar, se exponen las ideas principales desarrolladas por Noë, con especial atención al capítulo dedicado a la escritura, y se señalan algunas dificultades inherentes a su planteamiento. En la segunda sección, apelando a la historia de la escritura, se argumenta que la problemática es más compleja de lo que Noë supone. A continuación, se explicitan diversas funciones de la escritura que el autor omite –o más precisamente, funciones asociadas al producto escrito, sin considerar el proceso de su elaboración–. Finalmente, la tercera sección avanza sobre algunas funciones adicionales de la escritura entendida como actividad, aspecto que permanece ausente en la propuesta de Noë.

Palabras clave

Alfabeto; Oralidad primaria; Origen del lenguaje; Mímesis; Teoría del involucramiento material

Writing, Drawing and Thinking

Abstract

This paper examines and expands upon the theses advanced by Alva Noë in his recent book *The Entanglement: How Art and Philosophy Make Us What We Are*, in which he proposes a novel conception of the place of art and philosophy within the fabric of human practices. The analysis focuses particularly on the example of writing and its relation to speech. First, the central ideas developed by Noë are outlined, with special emphasis on the chapter devoted to writing, and several difficulties inherent in his approach are identified. The second section draws on the history of writing to argue that the issue is more complex than Noë suggests. Subsequently, various functions of writing omitted by the author are made explicit – more precisely, functions associated with the written product, without considering the process of its production. Finally, the third section advances some additional functions of writing understood as an activity, an aspect that remains absent in Noë's proposal.

Keywords

Alphabet; Primary Orality; Origin of Language; Mimesis; Material Engagement Theory

Recibido: 12/02/25. Aprobado: 04/04/25.

* El trabajo fue presentado en el VII Congreso de ALFAn, 29 de mayo al 1 de junio de 2024, Montevideo, Uruguay. Agradezco los comentarios hechos por los asistentes en dicha ocasión.

El uso común del término “escritura”, que los especialistas aplican indistintamente a cualquier forma de simbolización, ha contribuido a borrar los límites entre la oralidad primaria, que es una condición separada y distinta de la sociedad, y sus sucesoras, las sociedades protoalfabetizadas, las de alfabetización artesanal, las semialfabetizadas y las plenamente alfabetizadas.

Havelock [1986] 1996: 97

Escribimos con lápiz y papel o apretando teclas en nuestra computadora. La primera forma de escribir emparenta esta actividad con el dibujo: de hecho, el garabato infantil es predecesor de ambos tipos de actividades humanas. La posibilidad de escribir depende de haber recibido la educación necesaria para dominar una habilidad que incluye el conocimiento de un código, es decir, un sistema reglado de notación, pero también la habilidad motriz asociada. Y nunca aprendemos a escribir sin aprender al mismo tiempo a leer: escribir y leer van de la mano. Son actividades que han sido desarrolladas para adecuarse a las posibilidades motrices y visuales (o táctiles, en el caso del braille) de las que disponemos los seres humanos: tenemos que ser capaces de producir con la actividad de nuestro cuerpo (más las herramientas pertinentes) un producto –la escritura, la cosa escrita– que a su vez debe ser un objeto material que pueda ser leído por ojos (o manos, en el caso del braille) humanos. Así, las formas de escritura humanas están restringidas por nuestras capacidades sensoriomotoras de producción y de recuperación de información en lo escrito.

Cuando hablamos de la escritura pensamos en nuestra escritura, la escritura alfabética, o más genéricamente en la escritura glótica, es decir, la escritura que está diseñada para representar el lenguaje hablado¹ (que incluye la escritura ideográfica o logográfica, la silábica y la alfabética). Pero no es el único tipo de escritura del que disponemos: también hemos inventado la notación matemática, la musical, la química, la contabilidad, etc. Como sostiene Roy Harris (2000), hay una diferencia fundamental entre unas formas de escritura y otras. En el caso de la escritura glótica tenemos que ser hablantes de la lengua en cuestión para leer lo escrito: ese tipo de escritura nos

¹ También podemos cuestionar de qué hablamos cuando hablamos de “lenguaje (hablado)”. Voy a adoptar una caracterización muy mínima: basta que haya sonidos articulados que representen el mundo externo y posibilidad de recombinar estos sonidos, para que haya un lenguaje.

permite “escuchar adentro nuestro” el lenguaje escrito. Aun teniendo el mismo sistema notacional, el mismo alfabeto (como ocurre con nosotros, hablantes del español, y los hablantes del sueco, por ejemplo), si no conocemos la otra lengua no podemos leer. Por el contrario, el otro tipo de escritura es más universal, no depende de la posesión de uno u otro lenguaje natural en particular, sino de la “comprensión de los principios en los cuales está basada la notación” (Harris 2000: ix).² Y agrego yo: estos principios, por más complejos que sean, involucran un modo de adquisición mucho más acotado y universal que el que requiere una lengua natural (por ejemplo, estudiar una carrera universitaria), a diferencia de lo que pasa con la adquisición de las lenguas naturales, que solo en cierto período crítico se pueden adquirir como primera lengua, con todo lo que esto implica con respecto a las posibilidades de hablar, comprender y escribir una lengua dada.

En su reciente libro, *The Entanglement. How Art and Philosophy make us what we are* (2023), Alva Noë nos presenta sus ideas sobre el lugar del arte y la filosofía en el entramado de las actividades humanas y analiza diversos ejemplos, especialmente la danza, la pintura y la escritura. Su propuesta es atractiva y provocadora, y vale la pena discutirla. Considero que más allá de los aciertos de la idea general, su propuesta adolece de errores y dificultades en el caso del análisis de la escritura, porque la relación entre habla y escritura es bastante más compleja que como la expone. En el presente trabajo quiero centrarme en este aspecto de su propuesta. En primer lugar, voy a presentar las ideas centrales de Noë haciendo foco en el capítulo concerniente a la escritura. En la segunda sección mostraré, apelando a la historia de la escritura, por qué la cuestión es más compleja de lo que Noë supone. Seguidamente, trataré de explicitar las múltiples funciones de la escritura que Noë deja de lado (o más bien, las funciones de lo escrito, el producto, sin tomar en cuenta su proceso de elaboración). Finalmente, en la tercera sección intentaré avanzar en algunas funciones adicionales que tiene la escritura como actividad.

1. NOË SOBRE LA ESCRITURA

En *The Entanglement. How Art and Philosophy make us what we are*, Noë propone distinguir analíticamente dos órdenes de la vida humana: el primero es aquel al que pertenecen las actividades que realizamos, el segundo es aquel en el que reflexionamos sobre estas actividades, reflexión que a su vez reorganiza nuestras formas de actuar. En este segundo orden incluye a la par el arte y la filosofía: ambas prácticas nos per-

miten reflexionar y así reorganizar nuestras actividades cotidianas. Pero esta distinción, sostiene Noë, es sólo conceptual ya que los dos órdenes están entrelazados [*entangled*] y son inseparables: todo en nuestra vida está atravesado por ambos órdenes. El caso que menciona en primer lugar es el de la danza (capítulo 3), y hace una distinción usando los términos “*dancing*” para la actividad de primer orden y “*dance*” para la práctica de segundo orden. En este segundo orden ubica la coreografía, es decir, el conjunto de saberes prácticos (y eventualmente teóricos, en el caso de los profesionales) que articulan nuestra actividad de primer orden. La coreografía está entrelazada con la actividad de bailar: no podemos bailar sin hacer una u otra coreografía, sea conscientemente o sin pensar en ello. Aun un niño pequeño al moverse al son de la música ha visto a otros seres humanos haciéndolo y de una u otra manera imita algunos de esos movimientos y otros no. La coreografía nos permite pensar acerca de nuestra actividad, planificarla, pulirla, pero no es independiente de la actividad. Ninguna de las dos existe sin la otra.

Noë destina el capítulo 5 a aplicar esta idea general al lenguaje, que también considera un fenómeno del “*entanglement*” (2023: 72). En este caso, sostiene, la escritura constituye el segundo orden ya que permite la reflexión y reorganización de la actividad de primer orden: el habla.³ Su estrategia es oponerse a lo que llama la “visión simple” (2023: 73 ss.) que describe del siguiente modo: el lenguaje es la capacidad para hablar (el habla), y la escritura es el medio para representar el habla. Entre ellas no hay ninguna conexión interesante. El habla es biológica, un rasgo de nuestra especie, parte de la dotación genética y universal. La escritura es una invención cultural, una tecnología que existe hace unos miles de años.⁴ No necesitamos escribir para hablar y tampoco necesitamos la escritura para hacer poesía o una canción, es decir, literatura.⁵ Al igual que Noë, creo que el habla y la escritura están entrelazadas en aquellas culturas en que ambas capacidades están desarrolladas. O dicho de una manera más precisa, la adquisición de la escritura transforma las prácticas humanas, incluyendo al habla misma. Pero no sólo de la manera ni por las razones que esgrime Noë, sino de una forma mucho más compleja y multifacética. No es sólo porque nos permite reflexionar sobre

² Toda traducción al español de obras en cuya entrada bibliográfica no se indique traductor es propia.

³ Una cuestión que voy a dejar de lado en este trabajo es que Noë asocia escribir con la escritura literaria, es decir con la escritura como arte (o la escritura filosófica), aunque me parece obvio que no todo aquel que escribe está haciendo literatura o filosofía. Me voy a referir a la escritura como práctica humana independientemente de cuál sea la finalidad con la que se escribe.

⁴ Que el habla sea parte de nuestra dotación biológica tampoco es algo universalmente aceptado. Como explicaré más adelante, Merlin Donald (2004) argumenta que el habla también es un producto cultural, no genético, ni biológico. En este punto también fallaría la visión simple.

⁵ Por supuesto, mucho habría que decir sobre qué es exactamente aquello a lo que nos referimos con canción, poesía o literatura. En sentido estrecho, estas son invenciones posteriores a la escritura. En comprensiones más amplias, hay música, ritmo, sonidos articulados, etc. antes de que surgiera el habla (véase Mithen 2007).

el habla que la escritura nos transforma. Trataré de mostrar en este trabajo que hay una “conexión interesante” entre habla y escritura (contra la visión simple) mucho más interesante que la mencionada por Noë.

Es importante destacar que Noë se refiere una y otra vez a “nuestro” lenguaje. Pero nunca queda claro a quienes abarca con ese “nosotros”. Uno podría pensar que a todos los seres humanos, pero no parece ser así y, en realidad, la referencia del “nosotros” es fluctuante. Sin duda, es más acertado sostener que, en principio, “nuestro lenguaje” refiere al lenguaje que usamos los seres humanos del siglo XXI pertenecientes a la cultura occidental. Este lenguaje es, efectivamente, el fruto del entrelazado entre escritura y habla. Pero no es cierto que todo lenguaje contemporáneo sea un entrelazado de este tipo (sigue habiendo culturas puramente orales), y tampoco es cierto que nuestros ancestros no hayan hablado antes de escribir, como sugiere Noë. Según señala, el *homo sapiens* existe desde hace 200.000 años, pero somos humanos modernos desde hace 50.000. Su hipótesis es que todo surgió al mismo tiempo hace 50.000 años, incluso la escritura y el habla (además de otros aspectos relevantes que nos hacen los humanos que somos, como los rituales funerarios, el arte en general, esto es, la música y la danza, además de las cuevas pintadas y la capacidad simbólica o representativa). Sin embargo, hasta donde mis conocimientos llegan, no hay ninguna fuente que avale la idea de que en esos 150.000 años anteriores no hubo habla.⁶ De hecho, dado lo que podemos reconstruir de las formas de vida organizadas de los grupos homínidos del paleolítico, parece que debe de haber habido mucho antes alguna forma de comunicación que permitiera actividades cooperativas y, si Steven Mithen (2007) tiene razón, también existió alguna forma de lenguaje “Hmmm” (holístico, manipulativo, multimodal, musical y mimético) entre otras especies de homínidos distintas del *sapiens* (más específicamente el *homo ergaster*, el *homo heidelbergensis* y el *homo neanderthalensis*). Lo que sólo el *homo sapiens* posee es un lenguaje composicional y referencial que, según la hipótesis que defiende Mithen, surgió –por un proceso de segmentación a partir del lenguaje Hmmm– hace por lo menos 100.000 años. Si estas reconstrucciones arqueológicas son correctas, los “humanos modernos” no surgimos repentinamente hace 50.000 años con la capacidad de hacer casi al mismo tiempo muchas cosas (pintar, bailar, hablar y escribir), que los *homo sapiens* anteriores (e incluso otras especies de *homo*) no podían hacer antes. La historia efectiva del surgimiento de los

⁶ Ni que en esos 150.000 años no hubo rituales funerarios. Donald, por ejemplo, sostiene que desde hace 200.000 años hay tumbas y casas, además de herramientas sofisticadas; Mithen, por otra parte, señala que había danza y música.

“humanos modernos” es mucho más compleja, y considero que es fundamental revisar los detalles para entender exactamente en qué consiste el entrelazado en el que estamos enredados.

Pero, regresando a las ideas que presenta Noë, vemos que una página después de haber afirmado que todo surgió al mismo tiempo, concede que el habla es anterior a la escritura. Sin embargo, hace una aclaración para matizar su cambio: afirma que “nuestro” concepto de lenguaje, y por lo tanto nuestra experiencia vivida al hablar y usar el lenguaje, es dependiente de la escritura. Nuevamente se me presenta un inconveniente con el posesivo “nuestro”, especialmente porque el argumento presentado se centra en la experiencia de un hablante y escritor del inglés, haciendo hincapié en las técnicas de deletreo [*spelling*] que son fundamentales en la enseñanza de la lengua inglesa. Sin embargo, esa “experiencia vivida al hablar y escribir” en español es bien diferente porque no todas las lenguas son igualmente transparentes (Dehaene 2014). El español se encuentra entre las más transparentes, por lo que la enseñanza de la escritura no supone ejercicios y competencias de deletreo, como el inglés. Así, la “experiencia vivida” del español no supone este tipo de técnicas y prácticas, lo cual no quiere decir que el haber aprendido a escribir nuestra lengua no haya generado cambios en nuestras experiencia al hablar español. Pero es importante mirar los detalles: el deletreo no juega ningún papel para nosotros (hablantes de español), así que, ¿qué es exactamente lo que aprender a escribir nos genera y en qué medida y cómo altera nuestra experiencia vivida de la lengua? Dado que las prácticas de enseñanza de lecto-escritura no son las mismas en todas las lenguas, ¿habrá algo común a todas ellas en lo que la escritura misma –sea la que fuera, el hecho de escribir la propia lengua– modifique las prácticas lingüísticas? ¿Qué es exactamente? Lamentablemente no hay nada en el texto de Noë que me permita avanzar en la respuesta a estas preguntas.

Finalmente, cuando Noë trata de articular una respuesta acerca de en qué consiste exactamente esta reflexión sobre el lenguaje que la escritura permite, sostiene algo a todas luces insatisfactorio: que el lenguaje hablado no es una actividad gobernada por reglas, sino que los hablantes son usuarios de reglas que ellos mismos generan y revisan constantemente para evitar ser mal comprendidos (2023: 84-85). Es decir, los hablantes, para él, no somos usuarios ciegos de reglas anteriores a nuestra práctica y siempre buscamos la forma de hacernos entender, fenómeno que ocurre adentro del lenguaje y no como una actividad meta o externa al lenguaje. La escritura, por el contrario, supone una serie de reglas anteriores a la práctica que permiten, a su vez, la reflexión sobre la práctica de primer orden. Sin embargo, no creo que esta descripción

que ofrece Noë sea acertada. La práctica lingüística supone reglas independiente-mente del hecho de que el producto de esa práctica –los sonidos articulados– puedan ser o no materialmente codificados. Seguir reglas que nuestro interlocutor entienda es parte constitutiva de la comunicación lingüística, son reglas internas a la práctica, están ahí, y no dependen de que puedan ser codificadas materialmente.

En suma, considero que hay un entretreído entre lenguaje hablado y escritura, pero creo que es bastante más complejo que lo que sugiere esta distinción entre primer orden de habilidades no regladas versus un segundo orden reflexivo y reglado. En lo que sigue, intentaré proponer algunas líneas que permitirán comprender la naturaleza de este entretreído con más precisión.

2. LAS COSAS SON UN POCO MÁS COMPLEJAS...

Para entender cómo se da el entretreído entre habla y escritura es necesario observar cómo, de hecho, se ha producido este entretreído. Pero no podemos apelar a la psicología del desarrollo porque los infantes que se estudian en esta disciplina nacieron en un mundo alfabetizado. Independientemente de que hayan nacido en un hogar con padres alfabetizados, las culturas en las que se estudia a los infantes en la psicología del desarrollo no pertenecen mayoritariamente a culturas puramente orales (y las que pertenecen a culturas orales, no van a aprender a alfabetizarse para ver cómo se da el proceso – o al menos no de una manera ecológica, es decir, dentro de la propia cultura). Así, para buscar datos debemos ir a la historia y pre-historia de los seres humanos: la arqueología, la antropología y la filología pueden mostrarnos detalles de cómo efectivamente llegamos a ser los seres alfabetizados que somos hoy.

En esta sección voy a explorar las ideas de Merlin Donald (2004) y Eric Havelock ([1986] 1996) para mostrar cómo parece haberse dado el paso del no-lenguaje al lenguaje, y cómo el pasaje de la oralidad primaria a las culturas alfabetizadas respectivamente. Como veremos, en ambos casos es central la presencia de objetos materiales externos que cumplen roles diversos en el desarrollo de nuevas prácticas y capacidades humanas. El cambio parece no poder ser explicado apelando solamente a la biología, a la genética o al crecimiento del córtex cerebral. Por el contrario, en consonancia que la visión postcognitivista (4E) y encarnada [*embodied*] de la mente (Calvo y Gomila 2008; Newen *et al.* 2018), la interacción con el ambiente/entorno, la presencia de objetos materiales esenciales para realizar ciertas tareas cognitivas, el rol del cuerpo y la necesidad de coordinación social parecen haber sido indispensables para que lleguemos a ser los seres humanos que somos hoy.

Los homínidos existen sobre la Tierra hace más de dos millones de años. Como es bien sabido, hubo muchas especies de homínidos, pero es recién hace unos 200.000 años que hay presencia de seres de nuestra especie.⁷ Sin duda, en estos dos millones de años hubo grandes cambios biológicos, pero una vez aparecido el *homo sapiens* sobre la Tierra, de acuerdo con lo que argumenta Donald, desde el punto de vista biológico no hemos cambiado: somos miembros de la misma especie que convivía con los *neardentales* hace 200.000 años. El cambio que dio lugar al surgimiento del lenguaje, entonces, debió de ser cultural. Donald ofrece la siguiente explicación del surgimiento del lenguaje (entendiendo por lenguaje símbolos más gramática o, en términos de Mithen (2007), referencia y recombinación): la clave fue la búsqueda de maneras de autoiniciar el acceso a la memoria. En efecto, en el caso de los animales no humanos, la memoria siempre se dispara por algo presente en el entorno; los seres humanos, en cambio, podemos recuperar recuerdos sin estímulo presente. Y esta capacidad, indispensable para poseer un lenguaje, sostiene Donald, se desarrolló en tres pasos.

El primer paso para que fuera posible la aparición del lenguaje fue la mimesis. Según Donald, la cultura homínida mimética está presente en varias especies desde el *homo erectus* (es decir, desde hace más de un millón de años). Se trata de la capacidad de control motor que permite usar el propio cuerpo como vehículo de comunicación con los semejantes. Más precisamente, se trata de realizar movimientos voluntarios y sistemáticos del cuerpo recuperando de la memoria acciones pasadas realizadas por el propio individuo u observadas en otros; es decir, que permite volver a realizar acciones, con modificaciones, con interrupciones, bajo el control voluntario del sujeto, ante otros individuos y con diversas finalidades. Según Donald, este es “el primer lazo evolutivo entre los sistemas de conocimiento presimbólico de los animales, y los sistemas simbólicos de los humanos modernos” (2004: 46) que depende de la posesión de un modelo abstracto de la acción de un cuerpo en el entorno. Aunque Donald no habla de ello, podemos suponer que esta capacidad es posible gracias a la existencia en homínidos y primates de un sistema de neuronas espejo que, de manera transmodal, codifica información motora, propioceptiva, táctil y auditiva de los movimientos corporales intencionales.⁸ Gracias a esta habilidad mimética, el cuerpo se vuelve una primera herramienta de representación y tiene una utilidad social (2004: 48). Donald llama a esto “mimesis pura”, y nos ofrece las siguientes razones para conjeturar que el pensamiento mimético es anterior a las habilidades verbales: (1) muchas actividades

⁷ Hay diferentes estimaciones: entre 300.000 y 150.000 años parece haber sido la fecha de aparición del *homo sapiens*, pero la gran migración de África a Europa y al resto del mundo parece haber sido hace sólo 40.000 años.

⁸ Para una presentación de las neuronas espejo y su rol en la comprensión de las mentes ajenas, véase Pérez (2022).

culturales dependen solo de este tipo de habilidades, y no es necesario el lenguaje (por ejemplo, en juegos, rituales sociales, habilidades atléticas); (2) el caso de la afasia global muestra que hay disociación entre las dos capacidades dado que se trata de personas que no tienen capacidad lingüística pero pueden hacer muchas cosas en su grupo social, lo que parece apuntar a la idea de que hay un nivel cerebral de representación que sigue ahí aunque se pierda el lenguaje (2004: 48-49); (3) lo mismo ocurría con sordos y mudos antes de ser inventado el lenguaje de señas, tal como queda documentado por registros de los siglos XVII y XVIII. Este lenguaje mimético es el que Mithen denomina “Hmmm” para el caso de los *neandertales* y es, en su opinión, tanto el antecesor del lenguaje como de la música. Este lenguaje es posible gracias a un cambio biológico fundamental, la reconfiguración del tracto bucal (el único cambio biológico ligado al lenguaje –y al canto– pero que, en rigor, según Donald, no es necesario para el lenguaje, tal como prueba el lenguaje de los sordomudos).

El segundo paso hacia la aparición del lenguaje fue, siempre siguiendo a Donald, la cultura mítica que aparece entre 500.000 y 100.000 años y que da lugar al pensamiento narrativo y el mito integrativo (2004: 49). En este proceso de etiquetamiento va surgiendo el léxico, las palabras que son los primeros símbolos recombinables. En sus palabras:

El lenguaje hablado proporcionó a los humanos una segunda forma de recuperar conocimiento y una forma mucho más poderosa de formatear su conocimiento. El producto natural del lenguaje es el pensamiento narrativo: escuchar y contar historias. La narración tuvo un precursor en la recreación mimética de eventos, pero es muy diferente en los medios por los cuales logra su objetivo y mucho más flexible en lo que puede expresar. La recreación mimética está ligada a imágenes del evento original que se representa, pero el acto narrativo por excelencia (etiquetar verbalmente a los agentes, las acciones y sus relaciones) eleva al observador fuera del espacio y el tiempo, permitiendo que las partes componentes de la historia sean examinadas, reensamblados y compartidos mucho más libremente. El lenguaje hablado alteró la cultura humana no sólo en el número y la complejidad de las palabras y gramáticas disponibles, sino también en los productos compartidos de las culturas orales. (2004: 50-51)

Pero con el surgimiento del lenguaje no desaparecen las habilidades miméticas; por el contrario, siguen estando a la base de instituciones sociales humanas, como artesanías, atletismo, baile, etc., aunque es el lenguaje hablado en las culturas puramente orales el que provee el marco narrativo que gobierna esas instituciones y permite amalgamar las sociedades humanas a través del pensamiento mítico.

La tercera transición cognitivo-cultural es la que ocurre gracias al surgimiento de la escritura y que, según Donald, habilita la posibilidad del pensamiento teórico. La clave de esta transición fue la externalización de la memoria (2004: 52). Donald sitúa esta transición hace 20.000 años, no 50.000 como sostiene Noë. En sus palabras:

Los símbolos externos han transformado el medio de almacenamiento, aunque constituyen un cambio en el hardware tecnológico, más que biológico. Esto no es trivial, ya que las propiedades de almacenamiento de los medios externos son muy diferentes a las del interior de la cabeza. Mientras que los registros de la memoria biológica se encuentran en un medio fijo y efímero con un formato restringido, los registros externos suelen encontrarse en medios duraderos, refinables y reformateables. Estas propiedades permiten a los humanos construir tipos completamente nuevos de registros de memoria y ampliar enormemente la cantidad de conocimiento almacenado en la memoria. El almacenamiento externo también ha introducido nuevas formas de recuperar y organizar información; de hecho, los caballos de batalla de la memoria biológica (la similitud y la contigüidad temporal y espacial) no son particularmente importantes en la recuperación de la memoria externa. La adición de tantos dispositivos externos en realidad ha cambiado nuestra arquitectura de memoria. [...] Debido a sus propiedades de visualización estable, los dispositivos de memoria externa nos han permitido aprovechar el poder de nuestros sistemas de percepción, especialmente la visión, para el pensamiento reflexivo; y literalmente han cambiado qué parte del cerebro utilizamos para realizar gran parte de nuestro pensamiento. Esto ha posibilitado el aumento de nuestras opciones para interrelacionar diversos tipos de imágenes e información y para realizar trabajo cognitivo en grupo. Todo esto tiene una dimensión neuropsicológica. Ha habido una invasión del cerebro por programación impuesta culturalmente, principalmente en forma de educación institucionalizada.

Una lista parcial de recursos dominados por los humanos en el camino hacia la alfabetización simbólica completa incluye (en orden histórico aproximado) iconografía, mapas, emblemas, tótems, representaciones pictóricas, pictografías, marcadores de secuencia como cuerdas anudadas o rosarios, varios tipos de símbolos, monedas, marcadores de propiedades, sistemas de escritura y conteo, notaciones matemáticas, diagramas esquemáticos y geométricos, listas, silabarios y alfabetos, pergaminos, libros, registros de archivos de diversos tipos, planos militares, organigramas, señales ambientales de diversos tipos, imágenes gráficas, manuales de ciencia, gráficos, instrumentos analógicos, lenguajes técnicos especializados, lenguajes informáticos y una variedad de modernos dispositivos de almacenamiento multimedia que emplean prácticamente todo lo anterior. Incluso nuestro sistema de memoria personal ha sido programado con fotografías, memorandos, imágenes de televisión y otros tipos de conocimiento almacenado. (2004: 53-54; énfasis propio)

En síntesis: la clave del surgimiento del lenguaje parece haber sido encontrar formas de autoestimulación de la memoria, primero a través del cuerpo, luego a través de los sonidos articulados emitidos, finalmente a través de la escritura; y en contra de lo que sostiene Noë, parece haber habido una distancia temporal notable entre el segundo paso y el tercero. Este proceso de extensión progresiva de nuestra memoria, como se dijo, no depende de cambios en nuestra biología, sino en nuestra cultura, en la cultura material que producimos y en nuestras formas de estar con otros. El cuerpo es el primer vehículo representacional, a través de la mimesis, la imitación, la re-actuación de las acciones de otros: moviendo el cuerpo podemos generar el estímulo externo necesario para recuperar (o inducir a los otros a recuperar) información de la memoria. En segundo lugar, el surgimiento del lenguaje hablado –de las palabras recombina-bles, hipotetiza Donald– está ligado a la capacidad narrativa porque está montado sobre la posibilidad de reproducir acciones pasadas o imaginarias con nuestro cuerpo (la acción de cazar, por ejemplo), acciones que tienen una gramática⁹ y que habilitan a etiquetamientos de los varios elementos que la componen. Y recién una vez adquiridas estas habilidades habría surgido la escritura, es decir, la posibilidad de almacenar información para extender nuestra memoria mucho más allá de nuestro cuerpo en objetos materiales creados para tal fin.

Permítanme poner el foco ahora en este tercer paso: el que dio lugar al pasaje del lenguaje oral al lenguaje escrito, de las culturas orales a las culturas alfabetizadas. Para ello es necesario, en primer lugar, especificar qué vamos a entender por “escritura”. Como vimos en la cita anterior, Donald incluye muchos tipos de simbolización diferentes: algunas a mitad de camino entre el arte y la escritura propiamente dicha, algunas formas de representación icónica, como los mapas, y otras proposicionales. Querría acotar la discusión, como lo hacen Michael Erard y Deinse Schmandt-Besserat (2023: 3), a la escritura entendida como un sistema de marcas gráficas que representa unidades específicas de un lenguaje dado.¹⁰ Según reconstruyen su historia, la escritura tiene tres orígenes independientes: Mesoamérica (650 a.C.), China (1250

⁹ Las acciones humanas a veces están dirigidas hacia un objeto del entorno (por ejemplo, agarramos una piedra), a veces a uno mismo (por ejemplo, nos rascamos nuestra propia cabeza), a veces se realizan con la ayuda de un instrumento, etc. Es decir, las acciones mismas, y sus re-enactuaciones, permiten recombinar elementos (a veces agarro la piedra, a veces la tiro, a veces me la pongo en la cabeza, a veces la uso de medio para otro fin, es decir como instrumento). Así, el mismo objeto se puede encontrar en “posiciones gramaticales” diferentes, y la misma acción de agarrar a veces está orientada a una piedra, a veces a un palo, a veces a mi propia pierna. La gramática “agente-acción-objeto hacia el que está dirigida la acción” está presente en las acciones mismas.

¹⁰ Es importante destacar que arte y escritura son dos actividades humanas muy diferentes: empezó a haber actividades humanas que hoy llamaríamos arte 25.000 años antes que apareciera la escritura; arte hay en todas las culturas, escritura no.

a.C.) y Mesopotamia (3200 a.C.). En lo que sigue, me voy a concentrar exclusivamente en la historia de la escritura que se originó en esta última región y que dio lugar a la escritura alfabética utilizada en occidente.

De acuerdo con Erard y Schmandt-Besserat, nuestra escritura surgió por una necesidad económica. Con la revolución del neolítico y el paso de la cultura de los cazadores-recolectores a la cultura sedentaria (hace unos 12.000 años) crecen las sociedades humanas y también la producción de bienes y la necesidad de almacenarlos. Esto dio lugar a la creación de una serie de pequeñas cuentas con formas variadas para llevar la contabilidad. Cuando la cantidad de cuentas se volvió difícil de manipular, se generaron bolsas o barriles en los que se almacenaban estas cuentas y en los que se representaron gráficamente el tipo de cuenta almacenada con cantidades (numerales) adelante. En este momento, la escritura estaba destinada a representar icónicamente bienes y cantidades.

Un poco más tarde, hacia el 3000 a.C., en Sumeria se empezaron a registrar nombres propios con una escritura ideográfica-silábica: cada sílaba era representada con un objeto que tenía por nombre esa sílaba, y con la suma de estos símbolos se “escribían” los nombres propios. Por ejemplo, el nombre Lucas se representaba con dos ideogramas correspondientes a los sonidos Lu (hombre) y ka (boca). Un poco más tarde, esta tecnología se reutiliza para el uso funerario (se colocan nombres en las lápidas, dada la creencia de que hay que continuar mencionando el nombre del individuo para que siga vivo). Hacia el año 2000 a.C. la escritura ya es usada para registrar la historia militar de reyes, para cuestiones religiosas, legales, en la educación y para producir poesía. Esta forma de escritura (las más conocida es la cuneiforme) supone el manejo de 600 símbolos, y es en parte logográfica (ideas) y en parte silábica.

El primer alfabeto aparece en el Líbano hacia el 1700 a.C. y posee solo 22 consonantes; alfabeto que los fenicios (de nuevo, centralmente para propósitos comerciales) adoptan y hacen circular por el Mediterráneo. El cambio definitivo para que surgiera un alfabeto como el nuestro se dio en Grecia cuando hacia el 800 a.C. se agregan vocales a las 22 consonantes, haciendo mucho más directa y menos ambigua la lectura de lo escrito (Havelock 1982, especialmente capítulo 4). Es así como fue en Grecia, cuna de lo que nosotros entendemos por filosofía, donde apareció la escritura alfabética con la que contamos en nuestros días. Sin duda, una tecnología que, como afirma Walter Ong (1982), reestructura la conciencia individual y refocaliza las energías de las sociedades que la usan. Esta reestructuración ha sido detalladamente documentada por Havelock (1982 y [1986] 1996). No voy a resumir todas sus ideas, pero me interesa

detenerme en algo que considero central para revisar la propuesta de Noë, y que tiene que ver con el detallado estudio que nos propone el libro *La musa aprende a escribir* ([1986] 1996) acerca de cómo se dio efectivamente el pasaje de una cultura oral (la griega, antes de la introducción del alfabeto, es decir hacia el siglo VIII a.C.) a una cultura alfabetizada (en el siglo V a.C.).

El primer punto que sostiene Havelock en *La musa aprende a escribir*, en consonancia con lo que sostiene Donald, es que una cultura puramente oral puede ser altamente avanzada, como la incaica que era enteramente ágrafa y tenía arte, arquitectura e instituciones políticas complejas. Es decir, las culturas que exhiben lo que Havelock y Ong denominan oralidad primaria son culturas conformadas por “humanos modernos” que son “como nosotros” en muchos sentidos relevantes, tengan o no escritura; por ello, considero que la forma de entender el entretejido que propone Noë resulta etnocéntrica e ignora hechos antropológicos e históricos relevantes acerca del desarrollo de las culturas humanas. Sin embargo, es cierto que la aparición de la escritura alfabética ha permitido una serie de actividades humanas antes inexistentes y ha cambiado nuestras capacidades cognitivas. Veamos este punto con algún detalle.

Havelock sostiene que los textos de Homero y Hesíodo que llegaron a nosotros recogen los estilos y formas de la oralidad primaria, y que es recién en el siglo V a.C., cuando la práctica de la lecto-escritura se generaliza (entre otras razones por la incorporación de soportes como el papel y el papiro que permiten acumular grandes cantidades de texto escrito y que resultan más manejables y económicos que las piedras o tabillas anteriores), que podemos ver los impactos y transformaciones en las formas de escribir y pensar que genera la alfabetización tanto a nivel social como individual.

De acuerdo con Havelock la oralidad primaria descansa en el carácter social del lenguaje y se orienta a la necesidad de cualquier grupo humano organizado de contar con reglas estables para la convivencia social. Estas reglas, si no pueden materializarse por escrito, deben ser memorizadas, y para facilitar este proceso de internalización en la memoria individual es necesaria la repetición (e internalización) de patrones acústicos. Para que se de esa repetición exitosa, y que las fórmulas lingüísticas que codifican las prácticas sociales pasen de una generación a otra, deben asociarse al placer – y el placer está, dice Havelock, en el ritmo y en la forma de contar las historias, en la narratividad.¹¹ Y es en esta clave que deben leerse los versos homéricos: esto es, como

¹¹ “Hay razones para pensar que el ritmo, en sus diversas modalidades [...] es el fundamento de todos los placeres biológicos –de todos los placeres naturales, el sexo incluido– y posiblemente también de los así llamados placeres intelectuales. Sea como sea, parece que su vinculación con la música y la danza, así como

codificación alfabética de la cultura oral de la Grecia arcaica. En efecto, así lee Havelock los versos Homéricos, como la transcripción escrita de la oralidad primaria: el conjunto de reglas sociales que hay que cumplir antes de entrar en una batalla, el conjunto de ritos a realizar al entrar en un templo, al contraer matrimonio, al realizar ritos funerarios, etc. En otras palabras, los versos homéricos encarnarían las reglas sociales que se memorizan al repetir una y otra vez las historias contadas con patrones sonoros rítmicos que posibilitan la memorización y su recuperación para actuar en las situaciones oportunas.¹²

En esta obra de 1986, Havelock nos ofrece un estudio muy minucioso de cómo la escritura griega se transforma en el periodo que va de Hesíodo a Aristóteles, señalando que, progresivamente, lo escrito ya no se centra en personajes particulares y sus acciones narradas, sino en un neutro genérico (ya no se escribe acerca de Aquiles o Ulises, sino acerca de “el hombre”), y no se narra lo que “el hombre” hace, sino que se usa la cópula para atar al sujeto (el hombre) con una serie de predicados que connotan algo fijo, que es el objeto (el contenido proposicional) del pensamiento: el predicado describe una clase o una propiedad y no una acción ([1986] 1996: 143). En sus palabras: “la sintaxis narrativa del oralismo memorizable ha sido invadida por la sintaxis estática de la descripción alfabetizada” ([1986] 1996: 147). En los textos se reemplaza “hacer” por “ser”, y el verbo “ser” llega a tener un uso intemporal. El pasado ya no es la narración memorizada, sino que se usa para referir a un hecho histórico. Según Havelock, es este cambio el que da lugar al surgimiento de disciplinas como la historia ([1986] 1996: 148), la filosofía y la ciencia ([1986] 1996: 149), es decir, lo que posibilita que el lenguaje (todo el lenguaje, el escrito y el hablado) sea un lenguaje de los hechos. También nos recuerda que Aristóteles da lugar a una forma de pensamiento que denomina teórico y “*theorein*” en griego es “ver”, porque esto es lo que hacemos con la palabra escrita (nos posibilita verla, tenerla ahí afuera y, por tanto, hacer teoría respecto de ella, pensar acerca de ella, reflexionar). Así, vemos que el camino efectivo para llegar a este “segundo nivel reflexivo”, que Noë asocia con la palabra escrita, es

las partes que tiene en las respuestas motrices del cuerpo humano, son indiscutibles. De acuerdo con ello, las sociedades orales asignaban comúnmente la responsabilidad del habla conservada a una asociación entre poesía, música y danza” (Havelock [1986] 1996: 105). “Aparte del ritmo, su lenguaje utilizaba otro recurso para ayudar a la memorización. [...] La forma narrativa atrae la atención porque el relato es para la mayoría de la gente la forma más placentera del lenguaje, sea hablado o escrito [...] [U]n lenguaje de acción, no de la reflexión, es requisito previo de la memorización oral” ([1986] 1996: 109-110).

¹² Esta idea lo lleva a repensar la famosa crítica de Platón a los poetas, cuando sostiene: “La oralidad clásica es intraducible. Es mucho más fácil traducir a Platón. El lenguaje proposicional con la cópula, en el que nosotros hacemos a cada paso, es precisamente aquello en lo que Platón quería convertir la lengua griega, y dedicó a este intento toda su vida de escritor. Cuando ataca la poesía, lo que deplora es precisamente su dinamismo, su fluidez, su concreción, su particularidad” ([1986] 1996: 133).

complejo y sinuoso, que en el caso de la Grecia antigua tomó varios siglos de cambios paulatinos y que depende de una gran cantidad de otras funciones que posibilitan los diversos tipos de soportes materiales usados por los seres humanos para codificar el habla, funciones que no han desaparecido con el alfabeto, sino que siguen estando operativas en el efectivo entretejido lingüístico de nuestras vidas.

A manera de resumen de lo dicho hasta aquí: la escritura posibilita la reflexión sobre el habla, pero es mucho más que eso en el entramado de nuestras vidas, nuestras prácticas y nuestras experiencias porque tiene múltiples funciones: es memoria extendida, posibilita actividades comerciales y contables, se utiliza en actividades religiosas, sociales y legales, pero también reconfigura el pensamiento; permite la abstracción, es decir el pensamiento acerca de lo universal alejándonos de la narración de eventos particulares, permite separar al agente de su acción, al hablante de lo dicho, permite creaciones literarias duraderas (no efímeras como sucede con el habla) y alejadas de las restricciones rítmicas y sonoras que eran requeridas para la memorización. Por todo esto, Havelock sostiene que la escritura alfabética da origen a la filosofía y a la literatura, pero también al registro histórico. Y, por supuesto, sabemos que otros tipos de notaciones dan paso a nuevas formas de pensamiento, así como la matemática y la invención de los números arábigos con el cero incluido permiten el desarrollo del pensamiento matemático, como la notación fregeana de la lógica permite el desarrollo de la lógica moderna, la notación musical el desarrollo de formas musicales antes impensadas, etc. En suma, el efecto de la escritura sobre nuestras prácticas y nuestras habilidades cognitivas va mucho más allá de ofrecernos la posibilidad de reflexionar sobre el lenguaje. Nos ofrece la posibilidad de reorganizar toda nuestra vida cognitiva, social y cultural.

3. LA ACTIVIDAD DE ESCRIBIR (Y DIBUJAR Y GARABATEAR)

En su libro, Noë se hace una pregunta que no deja de sorprenderme (por lo errada que resulta): ¿Por qué, si hablar es una actividad del cuerpo, ha sido fácil desarrollar la escritura mientras que no hay algo paralelo en el caso de la danza, otra actividad del cuerpo? (2023: 83). La respuesta es muy obvia, pero que Noë no haya reparado en ella implica que está dejando de lado una distinción que me parece central para refinar correctamente su propuesta. La respuesta es la siguiente: lo que la escritura codifica no es una “actividad del cuerpo” sino su producto. No es el movimiento del cuerpo al hablar, sino el sonido emitido (es por esto además que el lenguaje hablado, sonido público y compartido ya es una herramienta que permite la exteriorización de los

pensamientos, la prolongación de la memoria y el compartir con otros hechos presentes y recuerdos, permitiendo la reorganización de las actividades individuales y sociales y complejizando las prácticas humanas). No es la mimesis pura la que se codifica, sino los sonidos articulados, referenciales y recombinables. La danza es un tipo de actividad humana cuyo producto es el movimiento del cuerpo. Justamente esto es lo que no puede codificarse con símbolos como el habla, cuya codificación –la escritura– ya es un sistema representacional con un conjunto finito de sonidos recombinables. La reorganización y reflexión que permite la escritura es la reorganización y reflexión de un sistema que ya posee una sintaxis/gramática y una semántica. Los movimientos de quien baila siguen patrones, reglas, pero estos patrones y reglas no son constitutivos del movimiento corporal, ni son referenciales, ni tienen una gramática.¹³

Esta falta de claridad sobre la distinción proceso-producto me lleva a pensar que hay un aspecto de la cuestión acerca del rol de la escritura en nuestras vidas que Noë no atendió: el aspecto ligado a nuestra actividad de escribir (sólo prestó atención al texto escrito). Sin embargo, considero que el acto mismo de escribir nos habilita a acciones y procesos de pensamiento que antes no teníamos. Veamos por qué.

Lambros Malafouris (2013, 2019, 2020a, 2020b) ha desarrollado lo que denomina “Teoría del involucramiento material” y que ha revolucionado la arqueología. En ella propone una reconsideración del estudio de los restos arqueológicos rechazando como unidad de análisis el individuo aislado y sus capacidades representacionales para dar cuenta de la función y significado de los restos, reconduciendo así su estudio a la interacción entre individuo y cosas, en línea con las teorías postcognitivistas de la mente, y afirmando que es el proceso de interacción cerebro-manos/cuerpo-material del entorno lo que nos permite comprender el valor, el rol y el significado de los restos arqueológicos. Su ejemplo favorito es el de un alfarero modelando la arcilla en un torno para hacer un jarro: en este caso podemos entender, a la manera cognitivista clásica, lo que ocurre en el proceso de creación del jarro sosteniendo que hay un individuo que se representa (imagina) el jarro que quiere crear, que tiene la intención de crearlo, y así entender la actividad del alfarero fabricando el jarro como una serie de relaciones causales cerebro-manos-arcilla que da lugar a la existencia de una cosa (el jarro). O, alternativamente, adoptando una posición postcognitivista, podemos ver a todo este proceso como constituido por partes mentales, partes biológicas y partes materiales que se entretejen en el proceso creativo de “cosear” [*thinging*]. En efecto,

¹³ De la misma manera, los rasgos expresivos de la lengua (el tono de voz, la cadencia, la prosodia, las diferencias de volumen y énfasis) tampoco son codificadas en la escritura. Y esta es una de las razones por las que un diálogo cara a cara es menos ambiguo que un chateo.

no hay por qué pensar que todo estaba en la cabeza del alfarero antes de hacer el jarro, más bien la situación puede verse como influencias mutuas entre la agencialidad del alfarero y lo que la arcilla le responde, por dónde y hasta dónde lo habilita a elevar el jarro, abrir su boca, etc.¹⁴

Malafouris (2020a) ilustra la propuesta mostrando su aplicación al estudio de uno de los restos con inscripciones en piedra más antiguos que se han recuperado hasta la fecha: una pieza de ocre con un patrón de líneas diagonales y horizontales que genera figuras geométricas hallada en África y datada hace 100.000 años. Su propuesta metodológica para la arqueología es dejar de preguntarse qué representan estas figuras, dejando de entenderlas como la simbolización (exteriorización) de un significado que ya estaba en la cabeza de los individuos que realizaron la pieza. En lugar de preguntar qué significan esas figuras, su propuesta es preguntar cómo significan. Y la respuesta a esta pregunta supone entender el proceso de producción de estas marcas [*mark making*] como un proceso en el que se entretienen la plasticidad de la mente homínida con la plasticidad (y estabilidad) de la cultura material. Pensar a través de y con la marca no implica pensar que la marca significa algo. Y este pensar es una acción de las manos sobre el objeto material que va cambiando (a medida que va quedando marcado) con el movimiento de las manos (el cuerpo) del individuo. Cuando dibujamos, la línea como gesto (expresivo), la línea como objeto material, y la línea como huella de la acción (como índice que señala la acción hecha) coexisten. Malafouris llama a esto la unidad neural-corporal-material de la inscripción (que puede ser unas figuras geométricas, un dibujo o la palabra escrita). Así, este proceso de realización de marcas puede dejar de concebirse como la exteriorización (representación) de algo que estaba antes adentro (en la cabeza) del individuo, y se pasa a poner el foco en el proceso mismo de trazar la línea que constituye la experiencia multimodal (a la vez tátil, háptica, motora y visual) “interior” de la línea. El objeto realizado materializa el placer de captar el movimiento al grabar las líneas. La idea de Malafouris es que este proceso genera un nuevo objeto material que a la vez abre al individuo nuevas posibilidades de acción –un nuevo paisaje de affordancias [*landscape of affordances*] como lo denominan Erik Rietveld y Julian Kiverstein (2014)– y de pensamiento, agrego yo; es decir, permite también el rediseño del “interior” de las experiencias vividas/pensamientos.

¹⁴ Aquellos que alguna vez hemos hecho algún curso de cerámica, hemos recibido la indicación de nuestros profesores acerca de “escuchar” o “sentir” lo que la arcilla nos propone; no podemos hacer cualquier objeto con cualquier bloque de arcilla.

Un ejemplo adicional puede llevar a comprender mejor este punto. En general, se ha considerado que los dibujos en cavernas más antiguos en donde hay seres “imaginarios” (es decir mezclas de animales existentes que generan animales no reales) indican la presencia de seres capaces de imaginar cosas no existentes, y se concibe a estas pinturas rupestres como el efecto del estado mental imaginativo interno del artista. La propuesta de Malafouris supone invertir la manera de ver las cosas y pensar estas pinturas como el resultado de combinar en la pared de la caverna dos cosas reales, generando la imagen material (el dibujo en la pared de la cueva) de algo no existente, lo que a su vez permite a esos humanos “ver” por primera vez y así interiorizar (experimentar y pensar acerca de) seres posibles. En esta lectura del proceso, la dirección no va de una mente representacional (capaz de captar objetos no existentes) al mundo donde quedan plasmados –en una representación pictórica externa– esos objetos pre-existentes en una representación interna, sino que, por el contrario, la dirección va de la mano que dibuja cosas que quedan juntas en la pared –sin la intención previa de dibujar “lo que se estaba imaginando”– a la mente, a través de la visión de ese objeto material que quedó plasmado gracias a la acción humana.

Lo que quiero sugerir¹⁵ es que el proceso de escritura debería pensarse también como un proceso en el que cerebro/mente, mano y papel (o el soporte que sea) co-crean un texto que no estaba de manera pre-existente en la mente del autor. Al menos esa es mi experiencia: la velocidad con la que puedo escribir en uno u otro soporte material de escritura y mis propias habilidades motrices restringen mis posibilidades de desarrollo de una idea en un texto. Pensamos escribiendo, o escribimos para pensar, para ordenar nuestros pensamientos. Como subproducto, podemos reflexionar sobre el lenguaje, pero este es solo un logro más que la escritura habilita. Y ni hablar del placer que nos da ver nuestras ideas exteriorizadas en un papel (¡y si es en letras de molde mejor!).

En suma: cuando “dibujamos” líneas (sean o no letras), la interacción cerebro/mente-manos/cuerpo-materia es una actividad a la que vale la pena atender en sí misma. Malafouris (2020) afirma que tenemos que “desaprender” a mirar los dibujos, como hemos aprendido a hacerlo como resultado de nuestra educación, para entender este proceso de involucramiento material. Tal vez, mirando la cuestión desde la perspectiva del garabato infantil podamos entender mejor este punto. Como sostiene Silvia Español:

¹⁵ El argumento que presento a continuación excede la propuesta de Malafouris quien, hasta donde llegan mis conocimientos, sólo analiza la escritura en el caso del Linear B, pero no apunta en la dirección que intento yo en este párrafo ya que busca entender las tablillas en el contexto del uso y de las prácticas humanas que llevaron a su confección.

Los trazos de los niños, durante su segundo año de vida, no intentan representar los objetos del mundo. Justamente por eso, dirigen nuestra atención hacia sí mismos, hacia el trazo. El trazo es un movimiento particular: es un movimiento que deja marca. Aunque los primeros garabatos pueden realizarse sin control visual, inmediatamente aparecen los garabatos controlados, en los que la conciencia de ser agente de movimiento y autor de algo “ahí afuera” aporta un evidente placer. El trazo es además un movimiento que genera una experiencia multimodal única: a la visión del propio movimiento del brazo/mano se adhiere la visión paulatina de la marca que va quedando en la superficie, a la propiocepción del tronco/brazo/mano moviéndose se adhiere la sensación táctil, vibrátil, del lápiz, dedo, palo, aquello que sea que va dejando marca en la superficie, papel, arena, tierra, baldosa, pared. Cada pequeño garabato supone este *cúmulo de atracciones sensoriales*. El garabato requiere entonces un entorno específico: aquél que provee una superficie en la que el trazo pueda dejar huella, algo con lo que trazar y la disponibilidad corporal para hacerlo. (Español 2024: 95-96)

Su propuesta es que en este periodo evolutivo (2-3 años) el garabato no representa objetos del mundo, sino que el garabatear constituye una forma de expresión de una experiencia dinámica y fluida, que involucra a la vez al infante y al mundo. Y es este momento evolutivo del garabato el que posteriormente da lugar a dos actividades humanas distintivas: dibujar y escribir. Pero todo el cúmulo de prácticas en los que nos vamos involucrando a lo largo de nuestras vidas (y a lo largo de la historia humana) se edifican sobre las posibilidades y modos de acción anteriores que no desaparecen de nuestras vidas.

4. CONSIDERACIONES FINALES

Como sostiene Noë, la escritura ha modificado el habla y la posibilidad de reflexión sobre el habla, pero también ha posibilitado innumerables cambios en las vidas humanas. En este trabajo he mencionado sólo algunas, que enumero a modo de cierre. La escritura cumple los siguientes roles:

- Estimula y extiende la memoria.
- Posibilita la organización económica con registros contables.
- Posibilita la organización social a través de códigos, de la existencia de legislación pública común (que ya no depende de la voluntad de un jefe), del registro histórico de hechos del pasado de una comunidad que refuerza la identidad común.
- No sólo registra el habla, también se acopla al desarrollo de formas de escritura (sistemas de notación) útiles para otras prácticas humanas como las matemáticas, la lógica, la música, etc.

- No sólo registra el habla, sino que además posibilita el desarrollo de lo que Noë llama “la actitud escritora”, es decir, el desarrollo de las prácticas asociadas a las diversas formas literarias que de hecho han ido surgiendo en nuestras culturas: al alejarnos de la necesidad de conservar historias a través de trucos sonoros para la memorización de la oralidad, las posibilidades de generar formas de expresión lingüísticas sin esas restricciones supone una proliferación de estilos y formas literarias.
- Siguiendo a Havelock, permitió el pasaje de la narración particular a la formulación de hechos generales y la posibilidad de atender a contenidos proposicionales, el pasaje de lo concreto a lo abstracto.
- en la línea escrita –sea como dibujo, sea como escritura– confluyen el gesto expresivo, el objeto material producido, y es la huella (índice) de la acción realizada la que posibilita la creación de realidades previamente inexistentes, nuevas aforancias y rediseña a la vez nuestro entorno y nuestro interior.

REFERENCIAS

- BARREIRO, Alicia y CARRETERO, Mario (eds.) (2024), *Celebrando a Tono Castorina. Construcción de conocimientos en el campo psicológico* (Buenos Aires: Tilde).
- CALVO, Paco y GOMILA, Antoni (eds.) (2008), *Handbook of Cognitive Science. An Embodied Approach* (Ámsterdam: Elsevier).
- DEHAENE, Stanisla (2014), *El cerebro lector* (Madrid: Siglo XXI).
- DONALD, Merlin (2004), “The definition of human nature”, en Rees and Rose (2004: 34-58). [DOI: 10.1017/CBO9780511541698.003]
- ERARD, Michael y SCHMANDT-BESSERAT, Denise (2023), “Origins and forms of writing”, en Horowitz (2023: 1-17).
- ESPAÑOL, Silvia (2024), “Por fuera de la filosofía de la escisión, desde una sutil corporeidad compartida. Comentarios sobre el juego y el garabato infantil”, en Barreiro y Carretero: (2024: 83-106).
- HAROWITZ, Rosalind (ed.) (2023), *The Routledge International Handbook of Research on Writing* (Nueva York: Routledge).
- HARRIS, Roy (2000), *Rethinking writing* (Londres: The Athlone Press).
- HAVELOCK, Eric (1982), *The Literate Revolution in Greece and Its Cultural Consequences* (Princeton: Princeton University Press).
- ____ [1986] (1996), *La musa aprende a escribir*, trad. de Luis Bredlow Wenda (Madrid: Paidós).
- MALAFouris, Lambros (2013), *How things shape the mind: A theory of material engagement* (Cambridge: MA: MIT Press)

- ____ (2019), “Mind and material engagement”, *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 18: 1-17.
- ____ (2020a), “Mark making and human becoming”, *Journal of Archeological Method and Theory*, 28: 95-119.
- ____ (2020b), “Thinking as ‘Thinging’: Psychology With Things”, *Current Directions in Psychological Science*, 29, 1: 3-8.
- MITHEN, Steven (2007), *The singing Neanderthals. The origins of music, language, mind and body* (Cambridge: Harvard University Press).
- NEWEN, Albert *et al.* (eds.) (2018), *The Oxford Handbook of 4E cognition* (Oxford: Oxford University Press).
- NOË, Alve (2023), *The Entanglement. How Art and Philosophy make us what we are* (Princeton University Press).
- ONG, Walter (1982), *Orality and Literacy* (Nueva York: Routledge).
- PÉREZ, Diana (2022), “Las neuronas espejo. Un caso de estudio de la relación neurociencia – filosofía”, *Revista de Humanidades de Valparaíso. RHV. An International Journal of Philosophy*, 20: 29-45. [DOI: <https://doi.org/10.22370/rhv2022iss20pp29-45>].
- RIETVELD, Erik y KIVERSTEIN, Julian (2014), “A Rich Landscape of Affordances”, *Ecological Psychology*, 26,4: 325-352. [DOI: 10.1080/10407413.2014.958035]
- REES, Dai y ROSE, Steven (eds.) (2004), *The New Brain Sciences: Perils and Prospects* (Cambridge: Cambridge University Press).